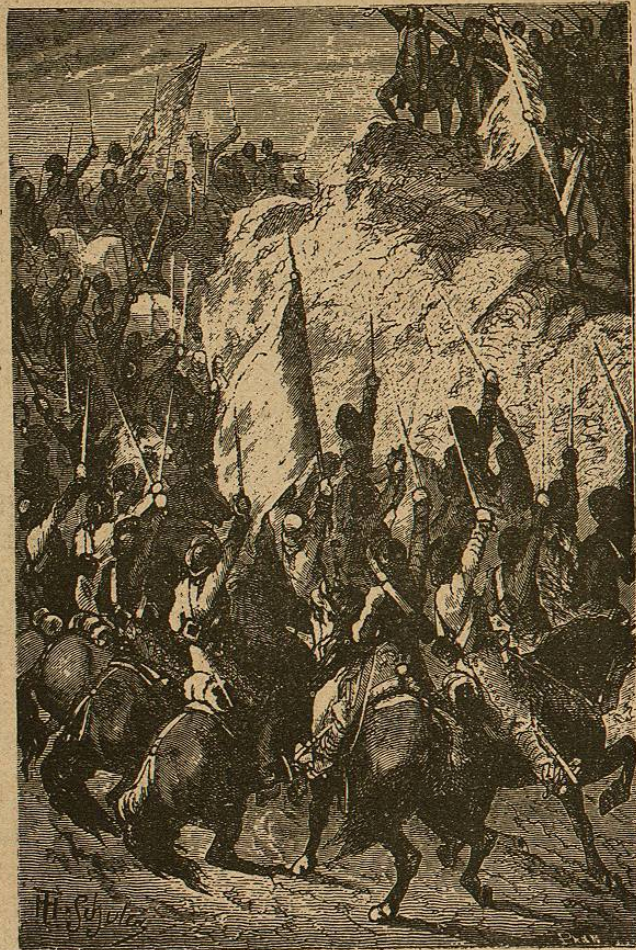


No había pasado aún Febrero, ruda estación en aquellas frías montañas; ni el tiempo, ni la miseria, ni los caminos obstruïdos, impidieron á aquellas pobres gentes llegar á su cita. Torrentes, ventisqueros, precipicios, nieves, nada pudo detenerlos; había en el aire y en ellos mismos un calor nuevo que los alentaba y fortalecía.



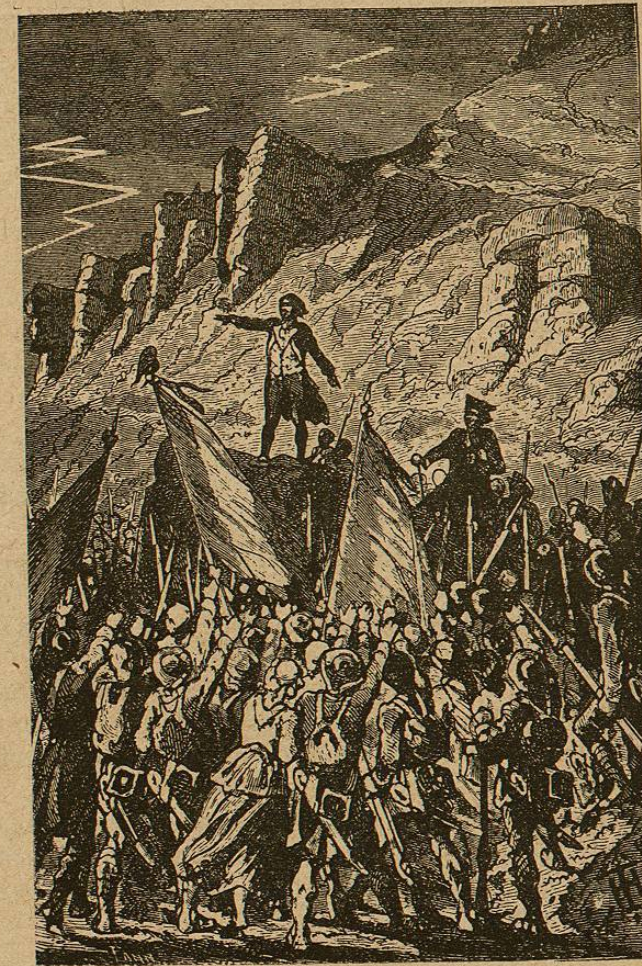
Los jinetes solamente llevaban uniforme común. (Pág. 306)

Ciudadanos por vez primera, evocados del fondo de sus nieves por el nombre de la libertad, no oído jamás por ellos, partieron como los reyes magos y los pastores de Navidad, viendo claro en plena noche, siguiendo á través de las brumas del invierno, sin poder apartarse de ella, la ruta que les marcaban una ráfaga de primavera y la estrella de Francia.

Las catorce ciudades del Franco Condado, inquietadas durante largo tiempo por la gente de los castillos y los aventureros que atacan y

queman los castillos, se unieron en Besançon, prometiéndose mutuo apoyo.

Así, por encima de los desórdenes, los temores y los peligros, oigo elevarse poco á poco, repetido por estos coros imponentes, donde cada



«¡No, más provincias! ¡La patria!...» (Pág. 307)

uno es un gran pueblo, la palabra poderosa, magnífica, dulce á la vez y formidable que contiene todo y lo calmará todo: la fraternidad.

Y á medida que se constituyen asociaciones, se asocian éstas entre sí, como grandes farándulas del Mediodía, donde cada grupo de bailarines que se forma da la mano á otro, de modo que el mismo baile mueve á poblaciones enteras.

Por una doble iniciativa estalla aquí el gran corazón de Borgoña.

En lo más duro del invierno, en medio de la gran carencia de víveres, Dijon invita á todas las municipalidades de Borgoña á ir á socorrer á Lyon hambriento.

Lyon tiene hambre y Dijon sufre... Así, estas palabras de fraternidad, de solidaridad nacional, no son vanas palabras, son sentimientos sinceros, actos reales y eficaces.

La misma ciudad de Dijon, ligada á las confederaciones del Delfinado y de Vivarais (y éstas relacionadas con las de Provenza y Languedoc) invita á ayudar á las ciudades del Franco-Condado. Así la inmensa farándula del Sudeste, ligando y formando siempre nuevos anillos, avanza hasta Dijon, que á su vez se acerca á París.

Dejando todos de ser egoístas, queriendo todos bien á todos, queriendo cada uno dar de comer á los demás, los víveres comienzan á circular fácilmente, restableciéndose la abundancia. Parece que por un milagro de la fraternidad, una cosecha nueva ha venido en pleno invierno.

En todo esto no se nota la más leve huella del espíritu de exclusión, del aislamiento local, designado más tarde con el nombre de federalismo. Aquí, al contrario, no se ve más que una conjuración en pro de la unidad de Francia.

Las federaciones de provincias miran todas hacia el centro, todas invocan la Asamblea nacional, se unen á ella, se entregan á ella, es decir, á la unidad.

Todas agradecen á París su llamamiento fraternal. Tal ciudad le pide socorros. Otra quiere afiliarse á su guardia nacional. Clermont le había propuesto en Noviembre una asociación general de las municipalidades.

En aquella época, en efecto, bajo la amenaza de los Estados, de los Parlamentos, del clero, de los nobles, la gente de los campos estaba vacilante y temerosa, y toda la salvación de Francia parecía concentrarse en una liga estrecha de las ciudades.

Gracias á Dios las grandes federaciones resolvieron mejor la dificultad, porque unieron á los de las ciudades un número inmenso de habitantes de los campos. Así ocurrió especialmente en el Delfinado, el Vivarais y el Languedoc.

En Bretaña, Quercy, Ronergue, Limousin y Perigord, los campos son menos pacíficos; hay en Febrero desórdenes y violencias.

Los mendigos, alimentados con gran trabajo hasta entonces por las municipalidades, salen poco á poco y recorren el país.

Los labriegos comienzan á asaltar los castillos, á quemar las cartas feudales, á ejecutar por la fuerza las declaraciones del 4 de Agosto, las promesas de la Asamblea.

El terror toma incremento. Los nobles abandonan sus castillos y van á esconderse á las ciudades, á encontrar seguridad entre sus enemigos. Y estos enemigos los defienden y amparan.

Los guardias nacionales de Bretaña que acaban de jurar su liga

contra los nobles, quieren defender á estos nobles que conspiraban contra ellos (1). Los de Quercy y el Mediodía en general fueron igualmente magnánimos.

Los bandoleros fueron castigados, los campesinos contenidos, y poco á poco iniciados é interesados en el gran objeto de la Revolución. ¿A quién podía aprovechar más que á ellos?

La Revolución les había librado de los diezmos y ahora iba á crear propietarios por cientos de miles. Iba á darles espada, á convertirlos en un día de siervos en nobles, á llevarlos por toda la tierra á la gloria, á las aventuras, á sacar de ellos príncipes, reyes; y ¿qué más diré?, á mucho más: á sacar héroes.



(1) Los guardias nacionales de 1790 no eran una aristocracia como algunos escritores han hecho creer por un extraño anacronismo. En la mayor parte de las ciudades estaba constituida, como he dicho literalmente, por *todo el mundo*. Todos estaban interesados en impedir el asolamiento de los campos, que hubiera hecho el cultivo imposible y matado de hambre á Francia. De otra parte los desórdenes fueron pasajeros y no tuvieron nunca un carácter general. En ciertas localidades de Bretaña y de Provenza los campesinos repararon ellos mismos los destrozos que habían hecho. En un castillo, donde sólo encontraron una señora enferma con sus hijos, se abstuvieron de todo desorden.